

Ana María del Río, Premio de Novela Andrés Bello:

"Sentí que Era el Sollozo de la Terquedad de Escribir"

(especial desde Pittsburgh)

La ganadora de la versión 1990 del Premio de Novela Andrés Bello, con su obra «Amalia», cuenta las peripecias que ocurrieron en la gestación del libro que obtuvo este importante galardón.

"EN 1987 me gano una beca en la Universidad de Rice, Houston, Texas. Salgo para allá, con toda mi familia, con la meta de obtener un Master en Literatura. Voy temblando por subirme por primera vez a un avión, por habernos deshecho de todas las cosas que componían nuestro barrio, nuestra casa. También tiemblo por la sospecha de que esto "va para largo". Yo voy llorando. Jorge, mi marido, y mis hijos Felipe, Claudia y Paula están más optimistas.

Un día, en medio de los trabajos de la universidad y de crítica académica me viene a la cabeza lo que siempre está entre cuero y carne: lo mío es escribir. Tercamente, quitándole horas al estudio y al sueño, ordeno mis papeles, rescato mis libretas viejas y comienzo a armar un Chile contemporáneo. En Rice, escribo; escribo cuentos, croquis, recuerdos constantes de casos que han sucedido.

De pronto, sin venir "a cuento" un día

domingo escribo porque sí un cuento urbano, extraño: sucede en la ciudad, una familia que no ha visto nunca la luz del sol y vive en una casa abandonada, ensayando para una hipotética función ante un nunca llegado público, hasta que salen y se encuentran con la realidad de Chile en ese momento. Lo leo a mi familia ese mismo día a la hora de almuerzo. Lo encuentran raro, pero les gusta. Me obsesiono y comienza "la preñez" del cuento, le voy agregando personajes, episodios. Logro conformar un mamotreto de 500 páginas. Pongo la palabra "fin" y se lo doy a Jorge, bastante orgullosa. Lo lee en una semana a duras penas y me lo devuelve impecable: "Es lo peor que has escrito", me dice. Bruscamente una mañana tomo una decisión de matadero: voy al computador y borro el "file" completo.

Entonces llega la noticia del Concurso Andrés Bello y decido participar. Desde afuera tiene la connotación de ser el concurso de literatura de Chile, con el que un escritor consagra su nacionalidad en la literatura. Para mí y toda mi generación tiene una resonancia especial que se agranda como caracola cuando uno está fuera.

Juntamente con esto me llega la noticia de la beca en Pittsburgh para continuar mis estudios de doctorado. Debo partir casi en seguida al norte. Congrego a mi familia y les explico la importancia que para mí tiene este concurso de novela, la necesidad de estar presente no sólo a través de cartas, sino a través de una voz en la expresión.

Ana María del Río



—¿Con qué vas a participar? —me pregunta Jorge—. Lo pienso y le contesto: con la novela que borré. La voy a hacer de nuevo. Pero ahora sé cómo. Me mira con la mirada cuidadosa que se les da a los enfermos mentales. Pero cae en mi locura. El trato es: ellos harán la mudanza de la casa, se preocuparán de todo durante tres semanas y yo estaré encerrada en mi pieza, escribiendo. Mi familia es maravillosa. Cierran la puerta en ese mismo instante y yo empiezo a escribir. Surgen muy claros ahora los tipos de gente: los responsables, con un poco de mal aliento, y los encantadores, e irresponsables. Encerrados en su pieza, desarrollan lo mejor de cada uno. Hasta que un día la puerta se abre y en el umbral aparece Amalia, que trastoca todos los órdenes establecidos e incluso los hace salir al exterior, por primera vez en la vida.

Lo último en salir, cuando ya no queda ni un objeto en el departamento, somos yo y el computador, todavía imprimiendo. Partimos en auto a Pittsburgh. Saco las fotocopias en Nueva Orleans y desde una aldea perdida en las Smoky Mountains —pues no podemos parar— mando los ejemplares, y siento que estoy presente en Chile. Respiro.

Seguimos el duro viaje y llegamos a Pittsburgh. Pero todas las durezas se borran cuando recibo el llamado de Chile fe-

licitándome por haber ganado el Premio de Novela Andrés Bello 1990. Me he puesto a sollozar y era el sollozo de la ida y de la vuelta y de la estada en mi país desde 1987, en que partimos. Y era el sollozo de la terquedad de escribir aunque fuera cosas guturales, donde se pudiera, a lo que salga, porque no hay tiempo para corregir en la vorágine de 1990 y el trabajo académico a veces me nubla. Y era el sollozo de acordarme del Premio Bombal en 1986, con el que pude poner "escritora" en mi pasaporte, y era el sollozo de querer estar allá y tratar de estar. Y sentí que era la noticia de no haber estado nunca encerrada en un recinto de soledad ni lejos, ni muda.

Y fue como si todas las prisiones de Chile se hubiesen abierto, de un solo papiratozo."

Con cariño

Ana M^{del Río}